

España

en la base del americanismo de Pedro Henríquez Ureña

Eva Guerrero Guerrero

Lo diré desde luego: mi primera visita a España la hice con prejuicios. La historia del dominio español en América no se ha limpiado aún de toda pasión [...] Pero la llegada a tierra española desarma enseguida. Si llegamos, sobre todo, de países en que domina otra lengua y otra civilización —aunque sea de Francia—, creemos estar de regreso en la patria.

Pedro Henríquez Ureña: *En la orilla. Mi España.*

En el pensamiento del crítico y humanista dominicano Pedro Henríquez Ureña la tradición española constituye uno de los elementos conformantes de su americanismo. Es explícita en su obra la preocupación continua por dicha tradición y también un deseo de lograr a través de ella la expresión americana.

Quien se acerque a su obra encontrará, por un lado, estudios sobre la cultura y la literatura española, y por otro, una defensa de lo español en los ambientes culturales en los que vivió. Este aspecto que se le ha criticado en alguna ocasión, no cabe duda que tiene un lugar preciso en la configuración de su pensamiento y en su idea de la defensa de América como una «magna patria».

Uno de los momentos más decisivos para la conformación de su hispanismo fue la llegada a Madrid en el verano de 1917. Entraba así en contacto con un organismo crucial en la vida intelectual española y llamado a resultar imprescindible en su propia evolución ideológica: el Centro de Estudios Históricos, dirigido e inspirado por Ramón Menéndez Pidal. Allí trabó amistad con Menéndez Pidal, Tomás Navarro Tomás, Américo

Castro y Antonio Solalinde, además de reencontrarse con su gran amigo mexicano Alfonso Reyes¹.

De este primer contacto adoptaría el método de los estudios filológicos y la ideología propios del Centro de Estudios Históricos, donde se vivía aún el ambiente del Institucionismo, tratando de indagar en la esencia del alma española a través de unos cauces que eran deudores en muchos aspectos de la doctrina positivista. No obstante la brevedad de esta primera visita, ella le permitió observar de cerca los métodos empleados por el Centro².

A partir del verano de 1917 el contacto con los miembros de esta institución no había decaído y se hizo más inminente su deseo de regresar, debido a su descontento con el ambiente norteamericano en que se encontraba; seguía en contacto con Alfonso Reyes quien le mantenía al corriente de la situación cultural española³. En el breve periodo que había permanecido en el ambiente español se gestó lo que sería una fructífera amistad con Menéndez Pidal, toda vez que la aportación ureñiana alcanzó gran relevancia en lo que se refiere a datos concretos sobre los estudios lingüísticos relacionados con Hispanoamérica. En cartas a Alfonso Reyes alude al desconocimiento que la mayoría de los filólogos consagrados tenían de la realidad lingüística de América. Al respecto, poco antes de regresar de nuevo, la carta del 21 de marzo de 1919:

No me atrevo a escribir a nadie todavía, de acuerdo con tus sugerencias. A propósito de Castro; indícale que quizás escriba un artículo sobre el castellano en Santo Domingo, rectificando el disparate de Meyer Lübke, de que allí se habla dialecto (la obra que Castro tradujo). Hanssen, Menéndez Pidal, Castro y otros, generalizan demasiado cuando hablan de América. Dicen que «en América» se habla de cierto modo, y resulta que es sólo en algunas regiones⁴.

Los contactos trabados en esa primera estancia y su deseo tanto de profundizar en la realidad española como de rectificar los trabajos que se estaban haciendo sobre América, hicieron que regresara el año académico 1919-1920, que pasará por entero vinculado al Centro. Fue aquí, en 1920 donde apareció la versión completa de su estudio *La versificación irregular en la poesía castellana*⁵. En el prólogo, Menéndez Pidal alababa no sólo la organización, sino el amplio periodo recorrido, supliendo así la laguna existente en los estudios métricos españoles:

El Sr. Henríquez Ureña [...] ha organizado por primera vez una vasta materia que comprende desde los orígenes medievales hasta la lírica de las zarzuelas y del género chico y hasta la revolución contemporánea iniciada por Rubén Darío [...] En este libro hallamos feliz-

mente vencidas las principales dificultades de la sistematización de una materia hasta hoy no tratada en su conjunto. Para descubrir las breves muestras de un verso relegado a condición inferior, Henríquez Ureña ha realizado una vasta exploración bibliográfica; para comprender e interpretar formas poéticas, hasta ahora descuidadas, ha llevado su atención en direcciones nuevas y originales, ilustrando, con fortuna, los contactos y mezclas de los dos principios de versificación que luchan y conviven. En adelante, todo estudio sobre nuestra lírica ha de deber mucho a este libro de Henríquez Ureña, que recibimos con sincera gratitud⁶.

A su llegada al Centro de Estudios Históricos ya era un crítico significativo y había publicado algunos de los artículos en relación con la literatura española y buen número de estudios lingüísticos. Su incorporación le resultó más asequible gracias a la presencia de Alfonso Reyes quien debido a sus estudios en torno a las letras españolas, sobre todo de Góngora, se había ganado la amistad y el respeto de la más egregia intelectualidad española del momento. En ese año académico que permaneció en Madrid colaboró asiduamente con el Centro y el método riguroso allí mantenido repercutió en él de modo más directo. Respecto al método del Centro ha señalado Inman Fox:

El trabajo del Centro se iba a caracterizar por su rigurosa técnica y atención a la bibliografía y a las fuentes (incluyendo excursiones para visitar archivos, museos y monumentos y consultar manuscritos y otros documentos), y por su honestidad científica, tanto por la dedicación de los profesores a los alumnos inscritos en los seminarios de investigación [...] Pero, al mismo tiempo, se buscaba en el Centro explícitamente un entendimiento del pasado español, del patrimonio de la cultura propia formada por la lengua, la literatura, el arte y la historia. El afán nacionalista y la búsqueda de la «identidad» de España están presentes. Esto constituye [...] una de las características principales de la historiografía nacionalista española y la indagación de la cultura nacional —su intención es principalmente didáctica o «regeneracionista»⁷.

Uno de los hitos más importantes del Centro fue en 1914, momento en el que aparece la *Revista de Filología Española*. Su singladura abarcó desde su inicio todo tipo de estudios y análisis de documentos, con una gran sección bibliográfica sobre aspectos diversos de la filología, la enseñanza de la lengua, la historia etc., aunque dada la orientación del Centro, se dedicaba más a textos medievales y de los siglos XVI y XVII. La *Revista de Filología Española* vino a completar en este momento la labor iniciada desde la colección «Clásicos Castellanos» en lo que se refiere a la recuperación de lo más representativo del legado histórico y literario español, consiguiendo así su meta, es decir, la búsqueda y reafirmación de una sólida identidad nacional⁸.

A la llegada de Pedro Henríquez Ureña en el año académico 1919-1920, la Filología alcanzaba dentro de dicha institución y de todo el mundo intelectual un gran prestigio⁹. La herencia en la que se insertaba en estos años el dominicano no sólo era de carácter filológico, sino que en lo filosófico heredaba toda la tradición filosófica española que, como ha apuntado José Luis Abellán, era esencialmente krausista y positivista. A ello hay que añadir además que, si bien la trayectoria de Pidal —nacido en 1869—, coincide con el predominio de la filosofía positivista, en lo que se refiere a los que colaboran más asiduamente con él, Américo Castro y Tomás Navarro Tomás, nacidos casi dos décadas más tarde, elaboran sus obras principales cuando ya se ha producido la crisis del positivismo. Es evidente que hubo en el Centro un cambio de atmósfera y que no siempre permaneció en el ambiente la ideología positivista. José Luis Abellán señala este cambio de perspectiva a raíz de la influencia de Ortega y la entrada de los miembros de la Generación del 14:

Aparece entonces un sentido universalista que les aleja de la excesiva preocupación casticista y nacionalista presente hasta entonces en el Centro. El romántico *Volksgeist* es sustituido por el cada vez más actuante *Zeitgeist*, dando una mayor importancia al hecho individual y a su inscripción en la historia del pensamiento. Federico de Onís, de la nueva generación, ve la necesidad de buscar lo peculiar español en el conjunto europeo, más que en los orígenes castizos más remotos —Edad Media— [...] El nuevo punto de vista recibe una garantía filosófica con la importancia que Ortega y Gasset da al concepto de «circunstancia» en sus *Meditaciones del Quijote* (1914); los nuevos historiadores se aproximan al relativismo histórico de la *Geistesgeschichte*, acercándose a la historia cultural como historia de las ideas y alejándose del positivismo pidaliano¹⁰

Los hechos antes mencionados son reveladores del estadio en el que se encontraba Henríquez Ureña: un proceso de búsqueda impulsado por su convencimiento personal de la realidad y la necesidad de la integración de la cultura latinoamericana en el pensamiento universal. Partía para ello del idealismo alemán que había tenido su manifestación más clara en Croce, Alfred Fouillée y Ortega y Gasset en Italia, Francia, y España respectivamente, junto con Stirling, Green, Bosanquet y Bradley en Inglaterra. No obstante, fue sobre todo la generación de Ortega, tan sólo dos años mayor que la de Castro, la que hizo más hincapié en las relaciones de la historia española dentro de su contexto cultural europeo¹¹.

El crítico dominicano perfeccionó metodológicamente su método en la realización de la labor filológica, toda vez que adoptó la exactitud y preci-

sión pidalianas en la aportación de los datos, a lo que se une su cuidadosa y vasta preparación en los dominios que colindaban con los temas de los que estaban tratando. Pese a ello, no admitió los cauces positivistas en que se contenían las ideas pidalianas, y permaneció más atento a las nuevas ideas que su maestro. Pronto se contagió del rigor pidalino e incluso se sintió atraído por la «teoría de la tradicionalidad», que, según Dámaso Alonso, ya aparece perfectamente formada en Pidal a la altura de *La epopeya castellana a través de la literatura española* (1910). Este aspecto, que a primera vista carece de importancia, tiene gran interés en el caso del dominicano, puesto que como ha apuntado J. Portolés «la epopeya no es un tema poético cualquiera, desde el Romanticismo se la considera la manifestación por excelencia del espíritu de un pueblo»¹², y Henríquez Ureña estaba por esta época en un momento de búsqueda de la expresión propia de América.

Esta orientación ideológica dará lugar a una interpretación de España que se traduce en la búsqueda de la inamovible identidad de lo español, hallando en la perdurabilidad de algunos elementos y en la reiteración de una serie de rasgos característicos la esencia de España. Hay que destacar la existencia de un rasgo común que caracteriza a Menéndez Pidal y su escuela: el reconocimiento del pensamiento gramatical de A. Bello y, por tanto de la *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos* (1847)¹³. Este aspecto, sin duda, marcó la orientación de Henríquez Ureña que ya buscaba para sí la esencia y los caracteres distintivos y perdurables de lo americano, y que cuajarían en 1928 en sus *Seis Ensayos en busca de nuestra expresión*¹⁴.

La faceta de filólogo de Henríquez Ureña, tan desatendida en los estudios que hasta ahora se le han dedicado, constituye un elemento decisivo en la adopción de su americanismo; a través de la lengua encontraba ese espíritu que, en su caso, era «continental», no nacional. Su aspecto filológico ha sido admitido incluso por aquellas voces, muy escasas, que niegan en su obra cualquier otra cualidad, como la de J. I. Jiménez Grullón, cuyo estudio, único hasta donde nos consta, descalifica por entero la denominación de crítico, de humanista, de historiador y de filósofo del ensayista dominicano. En su estudio considera su reconocimiento de la exaltación de la tradición hispánica como un marcado ejemplo de «colonialismo intelectual», aunque considera aparte la gran labor filológica realizada por el dominicano:

Es en el orbe de la filología y la lingüística donde Henríquez Ureña se destaca como una figura cimera. ¡Fue ahí donde alcanzó relieve de maestro! Si su incursión en otros predios despiertan [sic] objeciones de importancia [...] sus pasos en este orbe son firmes y lo conducen a menudo a valiosos hallazgos. Aun cuando cultivó la poesía y en su

ensayística afrontó problemas ideológicos, lo que había en él, fundamentalmente era un hombre de ciencias, poseedor de un notable don estilístico. Algunos de sus ensayos de temática literaria —tales «El endecasílabo castellano» y *La versificación irregular en la poesía castellana*— son trabajos de esencia filológica. Y bien puede decirse que ésta asoma unida a la esencia lingüística en sus estudios: «Observaciones sobre el español en América», «El libro del idioma», «El enigma del aje», «El español en Santo Domingo» y otros más. Algunos de éstos caen también en el campo de la dialectología. Esto último asoma con notoriedad —y casi exclusividad— en «Para la historia de los indigenismos», y «Sobre el problema del andalucismo dialectal en América»¹⁵.

Esta etapa en España, completa su periplo y le permite a la vez comprender el pasado español con las búsquedas que está llevando a cabo el Centro de Estudios Históricos y definir la esencia propia de su preclaro americanismo. Algo verdaderamente importante en este sentido es que la actuación de los Estados Unidos respecto a la República Dominicana le impulsó a profundizar en la meditación sobre la latinidad como componente esencial de la cultura en la América Hispánica. Su inmersión en la metodología del Centro le llevó a ahondar en la realidad española y en la esencia lingüística de América, sobre todo debido a lo que antes apuntábamos sobre la generalización que sobre el tema se hacía en España y a la falta de estudios que abarcaran este aspecto¹⁶.

En 1922 publica su libro *En la Orilla. Mi España*, donde reúne los ensayos que había escrito acerca de las letras españolas y de sus impresiones sobre el país¹⁷. Dicho libro, el primero de los que trataron de cerca la cultura y las letras españolas apareció publicado en México en medio de un ambiente marcadamente antihispánico. De ahí que su acogida resultara polémica y fuese acusado de preferir a España y despreciar lo indígena, aunque no faltaran quienes sí entendieron su postura y la necesidad de incorporación de la cultura española en la mexicana¹⁸. Esta recuperación de España es de gran interés, pues fue Henríquez Ureña, junto con Reyes, de los primeros en México en oponerse a la hispanofobia del ambiente.

Por otra parte, el libro se inserta por su temática dentro de la preocupación de averiguar la verdadera personalidad del alma española, tarea que se estaba llevando a cabo también en España. De este modo, muy próximos al momento en que Henríquez Ureña publica este libro, aparecen en España bastantes de los ensayos más relevantes de indagación de lo español desde diferentes perspectivas, entre ellos: *Hacia otra España* (1899) y *La crisis del humanismo* (1919) de Ramiro de Maeztu; *Vida de Don Quijote y Sancho* (1905), *Del sentimiento trágico de la vida* (1913) o *Andanzas y visiones españolas* (1922), de Unamuno o *España invertebrada* (1922) de Ortega y Gasset, por sólo citar algunos.

En *En la Orilla. Mi España*, vemos trabajos literarios y profundas impresiones sobre la agitación cultural española, presentando un diagnóstico de la encrucijada histórica en la que se encuentra España y de la necesidad de cambio que debe operarse en la sociedad, en «Preliminares» al libro apunta:

Una vez que hemos descubierto los tesoros espirituales de España, se convierte en obsesión —tanto sentimental como intelectual— el problema de su presente y de su futuro. ¿Por qué la nación española no vence los estorbos que la detienen, por qué no vuelve a ser señora de sus destinos? Hay veces en que nos da la ilusión de haber entrado en el camino de su nueva vida y poderosa; otras veces, cuando la vemos «en el comienzo del camino, clavada siempre allí la inmóvil planta», le deseamos un cataclismo regenerador como el de Rusia. O como el de México¹⁹.

No duda en acercarse a la visión de España que había llevado la pasada «Generación del 98» y en aludir al problema de España, a la pomémica intelectual que sigue abierta en la península sobre la identidad nacional y sobre el fracaso político y cultural:

A raíz del despertar de 1898, la actitud de las nuevas generaciones fue de energía. Se protestó contra el estado de las *cosas* —esas *cosas* indispensables en boca o pluma de español. «Las cosas están mal organizadas; háganse bien». Años después la actitud fue: Se ha tratado de hacer mejor las cosas, pero están mal aún: ensáyese de nuevo.». Ahora, a veces, hay otra actitud: «Las cosas están mal *porque sí*; España no tiene remedio». No exagero. A veces, a eso suena lo que dice Unamuno, aunque al día siguiente parezca decir lo contrario; a eso suena lo que dice Ortega y Gasset en el tomo segundo de *El espectador*²⁰.

Sin embargo, considera que era necesario salir de los postulados del 98, y ofrecer una nueva orientación, tal como hará la «Generación del 14», en este caso más europeísta que la que mantenía la anterior, en la que ve la renovación necesaria:

Prefiero limitarme al aspecto de la nueva generación, la posterior al 98: a pesar del flamenquismo, a pesar de las escuelas insuficientes y medianas, a pesar de la escasa educación política, los jóvenes se orientan hacia una claridad espiritual que no siempre poseyeron sus mayores²¹.

España no es desde su punto de vista un país decrepito aunque no por ello cae en triunfalismos; percibe que debe solucionar el olvido en que ha dejado los aspectos materiales, lo que le lleva a presentar una España de contrastes:

[...] en España [...] los intereses ideales son los mayores, los supremos, pero hay que atender a la buena maquinaria, a la eficacia técnica, porque sin ellas el espíritu no se manifiesta en plenitud. El espíritu debe interesarnos más que el progreso en el orden material o mecánico; pero el progreso en tales órdenes debe ser garantía de la integridad del espíritu [...] Invertir así la lección de Matthew Arnold, recordar que el espíritu nacional halla su mejor defensa en la buena organización de las cosas prácticas, implica suponer la existencia del alma española como entidad real y capaz de nuevos desarrollos²².

Además de referirse de manera directa a la situación de España su pesquisa se extendió en torno a las letras españolas, como es el caso de «La obra de Juan Ramón Jiménez», publicado con motivo de la aparición del volumen de *Poetas Escogidas*²³. En este artículo, que había sido escrito inmediatamente después de su primer contacto con el Centro de Estudios Históricos, hace una defensa del gran hallazgo de la poesía juanramoniana que transmite una imagen de España y de Andalucía en particular, contrapuesta a los tópicos y a la superficialidad con que se ha presentado el alma española:

Nada hay en Jiménez, ya se ve, que corresponda a la noción vulgar sobre el mediodía de España. Nada de la Andalucía pintoresca, cuya tradición se remonta a los romances, a los cuentos moriscos, y dura todavía en la literatura del patio y de la reja, de la mantilla y la guitarra. Pero sí hay mucho de la recóndita, que existe frente a la exterior, frente a la pintoresca: contradiciéndola al parecer; en verdad completándola y superándola²⁴.

En el análisis de la obra juanramoniana sigue la línea de las lecturas que ya habían realizado anteriormente Rodó y Rubén Darío. Su acercamiento muestra su gran lucidez habitual, pues acierta ya a descubrir la perfección de la poesía juanramoniana, tras la aparente sencillez de formas y de temas:

La obra de Jiménez se inicia temprano y desde temprano es perfecta [...] bien pronto el poeta se define, con notas líricas, puras, francas, de melodía simple, muchas veces repetida. Es la «primera manera», que alcanza su culminación en *Arias tristes* [...] No nos engañe esta sencillez: estas *Arias tristes* esconden sabiduría, como las arias de Mozart, como los *lieder* de Schubert; como sus antecesores en la tradición española, los romancillos de Góngora²⁵.

En esta obra hace observaciones muy renovadoras sobre la vida cultural española de su tiempo que luego van a ser fundamentales para la crítica. Henríquez Ureña percibe así la gravedad del concepto de poesía

juanramoniana, y transmite a los jóvenes mexicanos, que luego formarían parte de *Contemporáneos*, el interiorismo de un poeta que estaba reflejando una imagen nueva de España y de manera concreta de Andalucía, que se alejaba claramente del pintoresquismo en que pretendía encerrárselas, a la vez que se aproximaba a lo eterno español que aparece en nuestra mejor tradición poética:

La Andalucía recóndita tiene también su tradición, digna de gloria única. Suyos son el acento sentimental de Fernando de Herrera en sus elegías y sus sonetos delicados; el patético amor a las flores, en Rioja; el don de finos matices, en Pedro Espinosa; en parte, la penetrante música de Góngora, en sus romances y villancicos. Suyo es Bécquer. Suyas son, hoy, las mejores inspiraciones de Manuel Machado²⁶.

Este ensayo sobre Juan Ramón Jiménez se publica posteriormente como «prólogo» a la antología *Poetas* cuya selección realizó para las ediciones de la revista *México Moderno* en 1923. Las ideas aparecidas aquí les resultarán muy útiles a algunos de los integrantes de *Contemporáneos* como Torres Bodet, Gorostiza y Ortíz de Montellano, que habían sentido gran admiración por la poesía juanramoniana, aunque más que con su etapa modernista, con su concepto de pureza en la poesía. Los futuros *Contemporáneos* vieron además en Juan Ramón Jiménez, y en algún caso también en Antonio Machado, un modelo no sólo poético, sino también un modo de aproximación literario al alma nacional, en la que también estaban empeñados los mexicanos, y que les llevaría a bucear en las obras de Sor Juana Inés de la Cruz o Fernández de Lizardi. Esta valoración de la «inteligencia» juanramoniana no fue sólo algo que se circunscribiera a la poesía, sino que formó parte de un cambio general de concepción respecto a la valoración de lo español como conformante de la tradición clásica mexicana, hecho en el que aún no se ha valorado suficientemente el aporte de Henríquez Ureña como propulsor y difusor de la literatura española en los ambientes culturales mexicanos.

Otro de los artículos más significativos reunido en este libro es el que se titula «En torno a Azorín», dicho artículo le da pie para reflexionar sobre la figura de Menéndez y Pelayo. Aquí se refiere a los puntos de vista distintos de Azorín y de Menéndez y Pelayo en lo que concierne a la crítica. Se aborda de manera extensa la labor de Menéndez Pelayo frente a la opinión de Azorín el dominicano apunta:

Porque Menéndez Pelayo tiene limitaciones, pero, aún con todas ellas, es uno de los mayores críticos [...] Si en ocasiones fatiga el estilo del maestro, o el arrastre verbal lo lleva a la inexactitud, no pretendamos declarar que esto sucede siempre: ni siquiera predomina²⁷.

Concedamos todavía más a Azorín: Menéndez y Pelayo no se propuso renovar los valores literarios, y a veces, sobre todo en su primera manera, dejó intactas valuaciones notoriamente equivocadas. Por último, aunque atenuó mucho, nunca perdió del todo, con relación a cosas de nuestro tiempo, sus actitudes de clásico y de católico, ni, con relación a la América, su actitud de español [...] Todo esto puede concederse a paladinas, y aún nos queda un Menéndez Pelayo crítico de primer orden²⁸.

Desde muy temprano, Henríquez Ureña leyó a Menéndez y Pelayo, con quien se intercambia alguna carta y a quien le envía algunos trabajos (*Horas de estudio*, 1910) que son alabados por el crítico español. En carta del 28 de abril de 1909 apunta:

Personalmente, juzgo deber sólo manifestarle la admiración que he tenido siempre por usted. Más que admiración diré devoción. Desde mi adolescencia, el nombre y las letras de usted han sido para mí objeto de recordación diaria y trato constante : esta devoción existe desde que leí, a raíz de la muerte de mi madre, la poetisa Salomé Ureña de Henríquez, el juicio que usted formuló sobre ella en el prólogo a la *Antología de poetas hispano-americanos*²⁹.

A pesar de la gran admiración suscitada por la obra de Menéndez y Pelayo, anteriormente a *En la Orilla. Mi España*, no duda en hablar de ciertas «imperfecciones» en su artículo «La Inglaterra de Menéndez y Pelayo»³⁰. Aquí, además de manifestar gran conocimiento de la literatura inglesa, pasa revista a lo que él considera aciertos y desaciertos de *La historia de las ideas estéticas*, pero desde un principio declara:

Soy admirador devoto de D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Admirable como es por su ciencia, lo es más aún por el vigor de su espíritu, en perpetua plenitud y en renovación constante. Entre todos los grandes críticos de la humanidad, es el que entrega al porvenir obra más extensa y variada³¹.

Y a pesar de que considera *La historia de las ideas estéticas* «una de las obras más indiscutibles y más definitivas de la crítica europea»³², ello no le impide afirmar que hay «aspectos de la labor de D. Marcelino que indican familiaridad relativamente escasa con la literatura inglesa en algunos puntos»³³.

La admiración que el crítico dominicano sentía por su obra filológica, se refiere a su rigurosidad como filólogo sin que haya ningún tipo de afinidad con el carácter ideológico defendido por Menéndez Pelayo; no hay en la obra ureñiana en ningún momento ninguna defensa exaltada de la religión

católica, menos aún ningún tipo de fundamentación religiosa de la labor de España en América³⁴. Con ello, una vez más, iba a contracorriente de la crítica contemporánea española que juzgaba a Menéndez Pelayo a la luz de sus ideas conservadoras, sin realizar una separación entre tales ideas y los métodos rigurosos de su crítica y su concepción totalizadora de la historia.

En España los opositores a esta visión de España fueron numerosos, sin ir más lejos Unamuno en *En torno al casticismo* atacó esta ideología por considerarla contraria al libre pensamiento. En estos últimos años y primera década del 20 cuajará su antropología filosófica, su *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos* (1912). Unamuno destacaba aquí «el poder de hacerse a sí mismo dentro de la lengua común de la comunidad. La oposición de Unamuno a Menéndez y Pelayo comienza con la lengua y se extiende a la literatura. Esto es verdaderamente importante porque Unamuno defendió— en el mismo sentido que Henríquez Ureña—la necesidad de trabajar conscientemente la lengua para establecer un tipo de literatura diferente, por ello Unamuno alabó al *Martín Fierro* como una de las creaciones más vigorosas de la literatura hispanoamericana. Sin embargo para Menéndez Pelayo la literatura americana en español es una extensión de la unidad literaria de España, aspecto con el que no podía estar de acuerdo Henríquez Ureña.

Sin embargo, la postura de Menéndez y Pelayo aparece reflejada en algunos aspectos en la búsqueda de los valores hispánicos efectuada por Ramiro de Maeztu. En su *Defensa de la Hispanidad* aboga por una «aparente» fortificación de las relaciones de España con Hispanoamérica como punto cardinal de su hispanidad³⁵.

Pese a la aceptación de los planteamientos del Centro de Estudios Históricos, el hispanismo de Henríquez Ureña no consistió en una defensa apasionada de la actuación de España en América ni en la asunción de todas sus aportaciones en lo cultural, sino que se trataba más bien de un cimientamiento que, unido a otros elementos, conformaba la esencia de América. Esa aceptación de ciertos aspectos de la herencia española es la que le llevó a vislumbrar algunos de los que aún constituyen parte esencial de la identidad hispanoamericana. El hispanismo estaba llamado a desempeñar un papel esencial en el arraigo del americanismo, y por ello no basó el dominicano su idea de América en una exaltación del pasado indígena o en una imitación sistemática de Europa que negara todo lo español. España estuvo siempre presente para engrandecer la tradición hispanoamericana y resaltar así los propios valores.

El acercamiento a la comprensión de la cultura española tiene en Henríquez Ureña una gran importancia porque, en su caso, no se trataba de buscar la identidad de un país concreto, sino que su visión era continental.

Este hecho no definió a la mayoría de los miembros del Ateneo de México, compañeros de búsqueda de identidades, quienes estaban menos preocupados por acercarse a la tradición y a la esencia de América, que por hallar la clave de la identidad mexicana.

España, sus letras y su civilización estuvo siempre presente y es el elemento central de su americanismo. Frente a la opinión más generalizada de oposición a la cultura y a la acción española en América, él fue de los primeros en valorar a España como componente y base de la tradición de América:

Buscando siempre nuestra verdadera identidad, nuestra propia expresión,—apunta J. J de Lara— Pedro Henríquez Ureña fue de los primeros hispanoamericanos que comprendió y predicó la necesidad de estudiar a España y todo lo español en nuestro pasado a fin de comprender sus influencias en nuestro presente [...] Primero en México, después en los Estados Unidos, y más tarde en la Argentina, Pedro Henríquez Ureña enseñó en su cátedra la literatura española en sus diferentes aspectos. Su interés por la literatura de España fue profundo, como una base indispensable para el estudio de su mayor interés: la literatura, historia, cultura de la América hispánica [...] ³⁶.

Pocos fueron los que intentaron un acercamiento a la cultura española por encima de los prejuicios generados por la historia, entre ellos el mexicano Samuel Ramos, discípulo de Henríquez Ureña, quien también defiende la incorporación de los elementos valiosos de la tradición española, y se opone a la pauta histórica que convirtió el rechazo de España en único *modus vivendi*:

La Revolución de Independencia americana no trató solamente de efectuar nuestra emancipación de España en lo temporal. La América independiente, luchó durante todo el siglo pasado por desligarse de la metrópoli también en lo espiritual. Y no fue difícil conseguirlo, puesto que a ello concurrían el rencor aún fresco contra el dominio colonial y el espectáculo del evidente rezago de España con respecto a los países cultos de Europa. Y no contentos aún los hispanoamericanos con que espontáneamente brotara la hispanofobia, la cultivaron en la escuela como una forma de patriotismo. De todo esto resultó no sólo un desdén efectivo por todo lo que fuera español, antiguo o moderno, sino además un intento que hoy juzgamos pueril, de renegar nuestra filiación hispánica [...] Los hispanoamericanos de hoy han rectificado unánimamente ese error de la insurgencia romántica, y todos reconocen en el pasado de España los primeros capítulos de la historia de América. Todos consideran como un deber incorporarnos con el estudio, la tradición de España, para adquirir la partícula de su espíritu que la herencia no ha podido infundirnos por adentro ³⁷.

La opinión de Samuel Ramos, expresada antes de que se produjera la polémica en torno al meridiano cultural era demasiado entusiasta ya que esa «unanidad» lejos de ser un hecho no pasaba de ser una pretensión romántica, y en general la intelectualidad, como pudo comprobarse por las declaraciones que se hicieron desde las distintas revistas hispanoamericanas, distaba mucho de incorporar sin recelos a España entre los componentes de su tradición.

Entre estos últimos se encontraba J.C. Mariátegui. España era según Mariátegui la que había perturbado el normal desarrollo capitalista, y era la que impedía la entrada en el desarrollo, e insiste en la idea de que ello no se hubiera dado si el continente hubiera sido conquistado por los Estados Unidos o por cualquier otro país de Europa. España era vista dentro de las naciones latinas la más atrasada por no haberse adaptado al capitalismo y al liberalismo, y al no adaptar las ideas europeas había quedado al margen del desarrollo y ésto es lo que había transmitido a Hispanoamérica. En la consideración de España le sucede al peruano lo mismo que a su indigenismo, ambos son vistos a través de una profusa maraña de tópicos. Antes de la publicación de sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Mariátegui había vertido su opinión respecto a España desde Perú apoyando la réplica de *Martín Fierro*:

La hora [...] no es propicia para que Madrid solicite su reconocimiento como metrópoli espiritual de Hispanoamérica. España no ha salido completamente del Medioevo. Peor todavía: por culpa de su dinastía borbónica se obstina en regresar a él. Para nuestros pueblos en crecimiento no representa siquiera el fenómeno capitalista. Carece, por consiguiente, de títulos para reconquistarnos espiritualmente. Lo que más vale de España—don Miguel de Unamuno—está fuera de España. Bajo la dictadura de Primo de Rivera es inconcebiblemente oportuno invitarnos a reconocer la autoridad suprema de Madrid. El «meridiano intelectual de Hispanoamérica» no puede estar a merced de una dictadura reaccionaria³⁸.

Por lo tanto resultaba bastante aislada la postura de Henríquez Ureña; sin embargo puede decirse que su hispanismo venía a complementar a su americanismo ya que el rechazo que una buena parte de la intelectualidad sentía hacia España partía de un impulso irracional, procedió de la desconfianza ante el valor de la propia literatura hispanoamericana y al desconocimiento de los valores fundamentales de la cultura española.

Su estudio de la cultura española no decae en sus últimos años, de ello, ya avanzada la década del 30, de su sólido hispanismo dan fe los numerosos trabajos realizados en torno a las letras españolas, entre ellos su obra de madurez *Plenitud de España*, una de las aproximaciones más rigurosas a la cul-

tura española³⁹. Henríquez Ureña parte de la consideración de lo erróneo que ha resultado por parte de cierta crítica considerar a España el país sin Renacimiento y sostiene con firmeza que España contribuyó grandemente a la renovación espiritual de los siglos XV y XVI; sin embargo se la relegó en su papel cultural debido a condicionantes históricos y políticos que habían impedido juzgar sus aportes con imparcialidad, y apunta que éste es uno de los males que aquejan a las historias literarias, y especialmente a las realizadas sobre España:

La crónica de la vida intelectual y artística del mundo moderno está viciada de pasión política, de nacionalismo irreflexivo [...] El siglo XIX, siglo de nacionalismos, se encastilló en datos insuficientes, y con ellos construyó sus manuales como fortalezas de soberbia occidental [...] Como el idioma español sufrió eclipse político durante doscientos años, la figura de España aparece, a los ojos del vulgo, inferior a lo que realmente ha sido en la creación de la cultura moderna⁴⁰.

Resulta insólita esta reivindicación de la grandeza de la vida artística española en uno de los momentos de más hispanofobia. Rescata sus más altos valores en todos los ámbitos de la vida cultural española y como hizo posteriormente en sus dos obras de historiografía, realiza un estudio conjunto de España y Portugal, situando próximas sus manifestaciones artísticas:

En la filosofía, España y Portugal, intervienen, con León Hebreo, Luis Vives, Fox Morcillo, Gómez Pereira [...] en la renovación crítica del siglo XVI [...] Paralelo es el desarrollo y esplendor de la mística [...] España recibió de Italia, desde el siglo XV, la devoción de la antigüedad clásica, y bien pronto se aplicó a estudiarla con métodos rigurosos [...] Aristóteles pasó íntegramente al español antes que a ninguna otra lengua moderna [...] España declaró la libertad del arte cuando en Italia el Renacimiento entraba en rigidez que lo hizo estéril; proclamó principios de invención y mutación que en Europa no se hicieron corrientes, como doctrina, hasta la época romántica [...] A partir del siglo XVI, Europa se enriquece con el saqueo de España, como antes con el saqueo de Italia⁴¹.

A estos estudios de reivindicación de la grandeza de la cultura española hay que añadir su síntesis sobre la «Cultura española de la Edad Media» (Desde Alfonso el Sabio hasta los Reyes Católicos) (1937), así como sus dos magníficos estudios sobre Lope de Vega, «I. Tradición e innovación» y «II. Esplendor, eclipse y resurgimiento», escritos en el tricentenario de su muerte (1935), y que sobre todo, resaltan la España que se percibe tras la obra de Lope, a la vez que se destaca la magna importancia en el mundo de la come-

dia de su *Arte Nuevo*⁴². Henríquez Ureña iba a contracorriente con estos estudios en torno a la cultura española proponiendo una revalorización de ese pasado como conformante de la misma tradición; sin embargo la mayoría de la intelectualidad seguía negando lo español, aunque esa negación no trajera como consecuencia una fortificación en la creencia de la valía de la literatura propia, como apunta Soledad Álvarez:

La «antiespañolidad» demostró con creces su ineficacia. Ella sola no bastaba para llegar a encontrar el «ser» hispanoamericano. Más aún, para encontrarlo, debíamos primero reconocernos como parte de una historia de la que España es parte, si no decisiva, incuestionable. Por eso entiendo que el hispanismo de Henríquez Ureña es parte congruente de su americanismo, hecho de síntesis y que se propone la incorporación de América al mundo, porque no es con el aislamiento con que lograremos la conservación de lo propio, sino con el esfuerzo y la disciplina⁴³.

Con esta aceptación de la cultura española no se produce en ningún caso en el dominicano una preponderancia de lo español sobre lo americano; siempre destacó el sesgo original y creador de las artes que se desarrollan en el Nuevo Mundo, bien porque existieran como tales en el acervo tradicional, bien por la nueva impronta que los diferentes estilos españoles han adquirido en las diversas artes al contacto con las nuevas realidades:

[...] el carácter principal del estilo barroco de América Española es la firmeza y la claridad de sus líneas fundamentales, lo que no siempre se halla en el estilo barroco de España [...] América ha recibido de España canciones y danzas, pero inmediatamente, en el siglo XVI, aparecieron entre nosotros nuevas danzas y nuevas canciones que fueron modificaciones de los tipos españoles y algunas veces, quizá, de tipos indígenas y hasta, en ciertos casos, africanos. Y estas nuevas danzas, estas nuevas canciones, a nuestra vez, volvimos a enviarlas a Europa⁴⁴.

No obstante, hubo algunos críticos que no comprendieron el hondo significado de su labor de filólogo, entre ellos se encuentra Armando Donoso, quien en 1925 le reprochaba que se dedicara a realizar minuciosos estudios en torno a temas muertos que tienen que ver con la cultura española, antes que dedicarse a cuestiones de la América Hispánica, refiriéndose de manera concreta a *La versificación irregular en la poesía castellana*:

Henríquez Ureña, educado en el gusto de lo actual, que tempranamente fue hacia Grecia por los caminos de la sabiduría elegante de Walter Pater; que se sabía su Nietzsche sin ser un dionísico, tal vez equivocó el camino. ¿Por qué razón mientras la mayor parte de los escri-

tores americanos de los últimos cuatro lustros fueron hacia Lutecia, este prematuro humanista enderezó sus simpatías hacia la vieja España, la de la frígida Real Academia, que se escuda tras el más vetusto de los diccionarios creyendo, con anacrónica insistencia que aun fija y limpia y para quien esta América sigue siendo el insurgente del año diez? [...] ¡Ah, remoto ascendiente de Walter Pater, noble maestro y dilecto guía! ¿Cómo el crítico joven, que antaño proclamaba la inutilidad de todas las reglas, porque toda verdadera personalidad afirma la existencia de una invención, de algo nuevo, podía ahora perderse en el estudio árido y prolijo de la versificación castellana?⁴⁵

Armando Donoso, si bien reconoce el gran valor de Henríquez Ureña como crítico, formado en el modo riguroso de Walter Pater, le reprocha ese apego a España, que según la interpretación de Donoso, —errónea a nuestro parecer— le aparta de las cosas de América. Realiza en un apartado titulado «Epístola al filólogo» una crítica a la Escuela de Menéndez Pidal y al rigor filológico, a la vez que se expresa sobre el peligro que representa llevar la erudición según él a límites extremos:

Los que no ignorábamos que a usted le eran familiares Arnaldo de Vilanova y Menéndez y Pelayo, sobradas razones teníamos para temer por la visita del nieto novomundano al solar de la abuela [...] Esto hube de pensar mientras volvía la última página del sabio volumen que usted ha tenido la bondad de enviarme, y cuyo solo título vale por una larga cátedra universitaria. [...] ¿Cree usted que todos los que como yo bien le admiran habrán seguido, hasta la última las trescientas diez y seis grandes páginas de *La versificación irregular en la poesía castellana*? [...] Su libro sobre la versificación irregular obliganos a lamentar su olvido de las cosas de esta América virgen en su pasado y en su presente, tan rica de porvenir, que reclama, que exige claros talentos como el suyo. Muchos son los picapedreros que han ido agrandando las canteras de las viejas montañas tradicionales en la Península; déjelos usted adheridos cual mosquitos a los rancios muros o sobre los apestantes infolios, mientras observa en torno suyo, siente el fecundo calor del presente, participa con los que están viviendo la historia de mañana y alcanza a gustar de esta inmensa y auroral anticipación del futuro ¿Podrá un hombre de las Américas ignorar o desentenderse de esta hora que está viviendo la humanidad?⁴⁶.

Esta opinión que expresaba Armando Donoso muestra que no pudo perdonársele a Henríquez Ureña el hecho de que no cayera rendido a los pies de la cultura francesa —como la mayoría de los que estaban secundando la polémica en torno a Madrid o París como meridiano cultural—, y ello moti-

vó buena parte de la incomprensión por parte de la crítica. Sin embargo, hubo críticos sólidos que sí entendieron el sentido de la crítica efectuada casi desde el silencio por Henríquez Ureña. Así, frente a la opinión de Armando Donoso, tenemos la de Enrique Díez-Canedo, quien en el prólogo a dicha obra de Armando Donoso, hacía un elogio de esa magna obra de Henríquez Ureña y del vacío que vino a cubrir dentro de los estudios de versificación irregular:

El libro de Henríquez [sic] sobre la versificación irregular, con toda su mesura, y aunque aparezca prendido a una institución tan severa como la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, que en España suple, magníficamente en determinadas disciplinas, a la inercia de la Universidad y al enquistamiento de la Academia, es un libro revolucionario: como que trae a su entronque tradicional todo el arte poético de los tiempos nuevos y estudia esos casi imponderables matices de la sensibilidad que emanciparon a tantos poetas de la tiránica «grant maestría» de las «sílabas contadas» [...] Alguien habla de hacer un día lo que Pedro Henríquez ha hecho, con tanta información, seguridad, mano inspirada; hay que felicitarle de que el trabajo no le haya infundido temor. Otro espíritu menos fino que el suyo nos hubiera dado un libro siempre sujeto a revisión. A hombres menos dotados sólo se les puede pedir obras que no exijan ponderación espiritual: ingentes bibliografías no clasificadas, por ejemplo⁴⁷.

Fueron escasos los que no entendieron bien el sentido de su atracción por las cosas de España, y escasos también quienes no vieron en ello una continuación de la línea emprendida por algunos de los grandes filólogos y humanistas del siglo XIX, como fue el caso de la atracción que Bello sintió por la versificación y los elementos de la España de la Edad Media.

También Juan Jacobo de Lara se refiere al significado de la atracción de Henríquez Ureña por la cultura española como componente esencial de su búsqueda de la «expresión» americana. Afirma con contundencia que sus investigaciones acerca de variados aspectos de las letras españolas le permitieron tener un conocimiento más nítido de lo hispanoamericano:

Si Pedro Henríquez Ureña dedicó lo mejor de su obra y de su pensamiento a Hispanoamérica, nunca descuidó su patria y siempre estudió las literaturas extranjeras. Consideró, desde sus años juveniles, que la cultura española, como también su literatura, eran parte indispensable para comprender a Hispanoamérica. Por eso sus numerosos trabajos sobre cosas de España; por eso su constante interés en la literatura española durante toda su vida⁴⁸.

Su americanismo no tendría las bases sólidas de las que se nutrió y la fuerza con que lo expresó, si no hubiera reconocido sin recelos históricos y con madurez intelectual las bases de la cultura española, pero también la tradición propia. En la configuración de esta tradición juega un papel muy destacado su itinerancia, su recorrido por casi todos los países que le hizo concebir una única patria. Aquí radica también el esfuerzo por lograr una síntesis que reflejara los logros alcanzados por la cultura hispanoamericana, de ahí su constante búsqueda de una expresión que diera la medida de lo propio tal como apunta Arcadio Díaz-Quñones:

Sus grandes sumas representan un esfuerzo por ensanchar al máximo los «comienzos», que para él están en la «alta cultura» hispánica, colonial o moderna [...] En los «beginnings» de Henríquez Ureña están Hostos y Rodó, desde luego, pero también Matthew Arnold y su exaltación del «orden» y el «ansia de perfección» fundados en la tradición clásica, así como el crítico Menéndez Pelayo, cuya noción de la América «española» no abandonó del todo nunca [...] Al mismo tiempo, se mantiene fiel a sus «comienzos» dominicanos, familiares y nacionales, buscando siempre vías de acceso a esos «orígenes», abiertas por el estudio de textos y del lenguaje. En su proyecto coexiste la búsqueda de la «patria» americana y la necesidad de fortalecer una identidad política específicamente dominicana que había sido frustrada en su desarrollo. La construcción de una «tradición» dominicana, a primera vista paradójica para algunos lectores, será un punto de partida («beginnings») que pasa a veces a primer plano. Henríquez Ureña [...] es un intelectual sin Estado firme, «errante», que a menudo ha sido un gran lugar de construcción de tradiciones⁴⁹.

Él estaba realizando en sus ensayos una muestra de que no era necesaria ninguna polémica respecto a la hegemonía cultural, ya lo había expresado con gran claridad al establecer la distinción entre herencia e imitación, llegando a la conclusión de que de Europa se podía tomar todo lo que se necesitara para engrandecer la cultura propia, pero que España formaba parte de la tradición y que a ella no debía renunciarse para afirmar las raíces propias. Sin embargo, no estaban los espíritus de la intelectualidad hispanoamericana preparados para aceptar este tipo de mensaje porque paradójicamente aún no creían en la madurez de su propio discurso literario y por ello era necesaria la negación de España.

Esta sobria reivindicación y aceptación de lo hispánico le permitió mantenerse al margen de las diferentes ideologías que se alzaban para esgrimir nuevos colonialismos y falsas parentelas. Por lo tanto, supo precaverse tanto de ideas panrománicas, provenientes de Francia, que abrazaban el concepto

de Rumania para dar preponderancia a su propia cultura, como de ideologías alemanas, aunque se encerraran bajo la apariencia de una gran morfología novedosa de la historia universal⁵⁰.

Continuó la propia tradición latinoamericana, engrandeciéndola con su acervo personal; tomó elementos de los más grandes próceres de las letras hispanoamericanas; de Bello prosiguió en la línea de indagación en torno al idioma y el trabajo filológico cuidado para lograr una expresión que se convirtiera en un reflejo fiel de lo americano; de José Enrique Rodó el discurso y en ocasiones el mensaje mesiánico, aunque fue más allá en la valoración de la cultura helénica; de Eugenio María de Hostos la novedosa interpretación sociológica que había propiciado su teoría educativa. De todos ellos retomó la veneración y el estudio sistemático de las fuentes de la tradición española, con la certeza de hallar a través de ella el camino para la expresión americana.

Elaboró una nueva postura respecto a la tradición, considerando que la verdadera expresión no podía hallarse renunciando a los aportes provenientes del mundo occidental. Asimismo, tampoco juzgó posible que la identidad se lograra lejos de la tradición indígena, sobre todo en aquellos países donde ésta era suficientemente persistente. No juzgó en ningún momento que la defensa de estos elementos significara el ingreso de la cultura hispanoamericana en la órbita del colonialismo, ni dentro de la incorporación al sistema capitalista.

Henríquez Ureña señaló la necesidad del esfuerzo frente a la pereza, la incultura y la improvisación; con ello dio una muestra de que no todo en la literatura hispanoamericana era exuberancia e improvisación como pretendía la crítica, sino que también había trabajo serio y riguroso. La presencia y la investigación ureñianas fueron determinantes para la orientación de figuras relevantes de la cultura hispanoamericana como ocurrió con Salvador Novo, Ernesto Sábato, Samuel Ramos, Alfonso Reyes, que aprendieron a su lado a forjarse un método crítico, a imponerse una severa disciplina en la escritura y a mantener una visión apolítica y universal de la literatura.

El pensamiento ureñiano tiene el valor de repensar la historia y la relación con la cultura europea. Proclamó abiertamente la supremacía de la cultura por encima de particularismos políticos y ello le permitió valorar sin prejuicios históricos la total legitimidad de América para incorporar las formas culturales de Occidente. Se opuso a la hispanofobia del ambiente y esgrimió la necesaria aceptación de la tradición española y reivindicó en los lugares donde permaneció el acercamiento a sus fuentes para completar los elementos de la expresión propia.

No resulta desproporcionado afirmar que la línea abierta por su método de trabajo es la que desarrollarán posteriormente los estudios de los críticos más serios de la literatura hispanoamericana. Su búsqueda de la expres-

sión americana —el motor central de toda su labor de crítico y de lingüista— ha sido continuada por Emilio Carilla, José Luis Romero, José Antonio Portuondo y Gutiérrez Girardot, entre otros.

A él le debe la crítica latinoamericana uno de los más grandes esfuerzos en pro del legado de las letras hispanoamericanas a la cultura universal, porque no sólo dignificó la tradición, haciendo que se reconociera como valioso el aporte de la cultura hispánica y todo lo que ésta suponía, sino que rompió una lanza en favor del reconocimiento del aporte particular y enriquecedor de la cultura latinoamericana al punto de vista de la literatura y de la lengua españolas.

NOTAS

¹ Henríquez Ureña llega a Madrid procedente de Estados Unidos, pero anteriormente había residido en México desde 1906 hasta 1914, y allí volvería entre 1921-1923. En la primera estancia mexicana había tenido un lugar preponderante en la cultura mexicana donde había contribuido a la creación del Ateneo de la Juventud, luego Ateneo de México, institución que desarrolló una labor muy significativa en el saneamiento de la vida cultural mexicana. El escritor mexicano Luis Leal, uno de los difundidores más preclaros de la obra del dominicano, discípulo suyo, habla de él como el componente necesario para que llegara a constituirse el Ateneo, y para sanear la cultura en la capital mexicana: «El paso de Pedro Henríquez Ureña por México dejó huella indeleble. Los pensadores mexicanos que mayor influencia han tenido sobre el desarrollo de las letras modernas en ese país bebieron copiosamente del manantial de su amplia cultura y asombrosa erudición. Las obras de estos escritores —Antonio Caso, José Vasconcelos, Alfonso Reyes— trascienden la influencia del maestro dominicano [...] Sin su esfuerzo, el grupo de jóvenes entusiastas que se reunía en los salones de la Preparatoria para dictar y oír conferencias nunca se hubiera organizado en «Ateneo de la Juventud». Luis Leal, «Pedro Henríquez Ureña en México», en *Revista Iberoamericana*, 41-42, (1956), págs. 119-133. Véase el completo estudio de Alfredo Roggiano: *Pedro Henríquez Ureña en México*, México, Universidad Nacional Autónoma, 1989.

² El Centro de Estudios Históricos, fundado en 1910, fue fruto de la preocupación nacida a fines de siglo por el distanciamiento de la cultura española respecto de Europa. Fue el primer centro de investigación que creó la «Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas». Se encontraba dividido en diversas Secciones; de éstas, la más importante de todas era la de Filología, que en su primera etapa estuvo dirigida por Menéndez Pidal, junto a quien colaboraban, de manera asidua, Tomás Navarro Tomás, Américo Castro, Federico de Onís, Vicente García de Diego, Antonio G. Solalinde, y Alfonso Reyes, a partir de 1917. En una segunda generación, en la Sección de Filología destaca la presencia de Amado Alonso, que tendrá luego una especial importancia en el Instituto de Filología de Buenos Aires al que se vinculará Henríquez Ureña durante sus años de permanencia en La Argentina (1924-1946); también Dámaso Alonso, Samuel Gili y Gaya, Vicente Llorens y Pedro Salinas. Igualmente importante fue la Sección Historiográfica, o Histórica, bajo la dirección de Rafael Altamira y Eduardo de Hinojosa. Junto a estas dos destacan otras como la de Filosofía Contemporánea, dirigida por Ortega y Gasset, aunque sólo existió entre 1913 y 1916. Esta Institución tuvo la importancia de propagar unas ideas concretas en torno la cultura española, sobre todo a través de su publicación *La lectura. Revista de*

Ciencias y de Artes, que había sido fundada en 1901 por Francisco Acebal. En ella colaboraron la mayoría de sus miembros y en 1910 albergó la primera sección de la colección «Clásicos castellanos», edición de las obras maestras de la literatura española realizadas con las normas filológicas impuestas por el Centro. Véase: VV.AA, *La Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. 80 años después, vols. I-II (Actas del Simposio Internacional, Madrid, 15-17 de diciembre de 1987)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1988. Dentro de él es particularmente interesante el estudio de Francisco Abad Nebot: «La obra filológica del Centro de Estudios Históricos», en págs. 1907-1987, que incluye una amplia bibliografía sobre el tema.

³ Alfonso Reyes en una extensa carta le proporciona todo tipo de indicaciones acerca de la situación del Centro y otras posibilidades en relación con la cultura en carta del 27 de enero de 1919: *El Centro de Estudios Históricos: por razones especiales que no necesito explicarte, pero que no deben ponerte sospechoso porque son de orden económico, no creo conveniente en este instante decir una palabra sobre sueldo fijo para ti. Desde luego que te pagarán bien cuanto hagas para el Centro, pero creo que es mejor que te vean aquí, y que ellos mismos te propondrán el sueldo fijo a los pocos días (175 ptas.). Por lo demás, ya sabes también que el Centro te pagaría todo lo que hicieras (ediciones, libritos, librotres, y aún artículos para la RFE). [...] Calpe: nueva y poderosa casa editorial relacionada con *El Sol* y rival de Calleja. Hay mucho trabajo y te encargarán cosas lo mismo que a mí. Pero no hay que desear sueldos fijos porque se necesita ser muy adulator de José Ortega, que está imposible de vanidoso [...] En *El Sol*, aparte de las colaboraciones de la página literaria, podrías hacer cosas de otro género que te aseguraran una pequeña entrada mensual. Si logras captarte la voluntad de José Ortega [...] aún podrías llegar a encargarte de las informaciones de América, muy malas hasta aquí [...] Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña en *Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, Epistolario Íntimo (1909-1946)*, 3 vols., Recopilación de Juan Jacobo de Lara, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1983 t. III, págs. 138-139, carta de 27 de enero de 1919.*

⁴ Pedro Henríquez Ureña, *Epistolario Íntimo, Ibid.*, pág. 145.

⁵ Una versión primera de este tema había sido presentada en inglés en Estados Unidos como Tesis de Maestría en 1917 (*The Irregular Stanza in the Spanish Poetry of the Sixteenth and Seventeenth Centuries*). Su contacto con el Centro hace que en 1920 publique una versión corregida y ampliada en español: *La versificación irregular en la poesía castellana*, Madrid, Centro de Estudios Históricos, Publicaciones de la RFE, 1920 (con Prólogo de Menéndez Pidal). Henríquez Ureña se refiere aquí a los avatares de la construcción de esta obra: «Este libro fue escrito en 1916 y 1917; retocándolo en 1918 y 1919, he procurado ponerlo al día bibliográficamente. Durante el verano de 1917, en España, recibí valiosa ayuda de los Sres. Menéndez Pidal, Castro, Navarro Tomás, Solalinde y Reyes [...]» pág. VIII. La edición se realizó como parte de las Publicaciones de la *Revista de Filología Española*, de la que constituía el t. IV. Para dar cuenta de la calidad de los trabajos publicados en esta sección, anteriormente habían salido: Meyer-Lübke (Traducción de A. Castro), *Introducción al estudio de la lingüística romance* (t. I); R. Menéndez Pidal, *Antología de prosistas castellanos* (t. II); T. Navarro Tomás, *Manual de pronunciación española* (t. III).

⁶ Ramón Menéndez Pidal «Prólogo», *Ibid.*, págs. VI-VII. En esta obra el estudio de los diferentes metros que se han empleado en la poesía española a lo largo de los siglos es visto como una aproximación indirecta pero voluntaria a la esencia de España. Los principios de cohesión de España se buscan a través del acercamiento a la épica y al romancero castellanos, textos poéticos que contienen la esencia de la nación.

- ⁷ *La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional*, Madrid, Cátedra, 1997, págs 98-99; de manera concreta puede consultarse el Capítulo VI «El estado y la cultura nacional. El Centro de Estudios Históricos y la obra de Ramón Menéndez Pidal», págs. 97-109. Véase también el artículo de Javier Varela, «La tradición y el paisaje: El Centro de Estudios Históricos», en *Los orígenes culturales de la II República (IX Coloquio de Historia Contemporánea de España)*, Madrid, Siglo XXI, 1993.
- ⁸ Dada la extensión limitada de este trabajo no podemos dedicarle más espacio a dichas coordenadas culturales, que si son desarrolladas en una monografía llevada a cabo por la autora de este trabajo y que aparecerá publicada en breve.
- ⁹ José Portolés apunta: «Los propios miembros del Centro asumen que sus conocimientos sobre la lengua y la literatura españolas no sólo son comparables a los de especialistas extranjeros, sino superiores [...] Es por entonces cuando se comienza a hablar de una «Escuela de Madrid» en los estudios filológicos que tiene personalidad científica propia y de la que los mismos miembros del Centro asumen su existencia...». *Medio siglo de filología española (1896-1952). Positivismo e idealismo*, Madrid, Cátedra, 1986, págs. 111-113. Este estudio resulta aún una obra fundamental de consulta para esta época, no sólo en lo que se refiere a la filología, sino también al ambiente intelectual español en todas sus variadas manifestaciones.
- ¹⁰ José Luis Abellán, *Historia crítica del pensamiento español. La crisis contemporánea III. De la Gran Guerra a la guerra civil española (1875-1939)*, Madrid, Espasa Calpe, 1989, págs. 205-206.
- ¹¹ En el momento en que Henríquez Ureña llegaba a Madrid aún estaba viva la polémica en torno a la esencia de lo español, avivada desde la cátedra universitaria. Como ejemplo de ello baste citar la distinta interpretación de la historia de España que hicieron en la Universidad de Oviedo Rafael Altamira y Federico de Onís con catorce años de diferencia —1898 y 1912—. Altamira cree obligación de los profesores universitarios revelar nuestros orígenes más remotos y profundizar en aquellos estudios históricos que se refieran a lo genuino español. Frente a él Federico de Onís —amigo de Castro y de Ortega— piensa que la historia de España debe acercarse a las corrientes europeas y que no hay que centrarse en el pasado español, sino salvar la diferencia que nos separa de Europa.
- ¹² J. Portolés, *op. cit.*, pág. 29.
- ¹³ Una minuciosa búsqueda de las conexiones gramaticales de Bello con la filología española es la que llevó a cabo Fernando A. Lázaro Mora, *La presencia de Andrés Bello en la filología española*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1981.
- ¹⁴ Buenos Aires: Editorial Babel, 1928; Pedro Henríquez Ureña: *Ensayos en busca de nuestra expresión*. Introducción de Alfonso Reyes y Ezequiel Martínez Estrada. Buenos Aires: Editorial Raigal, 1952.
- ¹⁵ J. I. Jiménez Grullón, *Pedro Henríquez Ureña, realidad y mito*, Santo Domingo, Editorial Librería Dominicana, 1969, pág. 135.
- ¹⁶ Los estudios lingüísticos son muy abundantes en su obra, entre los recogidos en libros: *Sobre el problema del andalucismo dialectal en América*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 1937 (Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana. Anejo I); *Para la historia de los indigenismos*. Papa y batata. El enigma del aje. Boniato. Caribe. Palabras antillanas. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 1938, (Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana. Anejo III); *El español en México, los Estados Unidos y la América Central*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 1938 (Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana. Anejo IV.); *El español en Santo Domingo*. Buenos Aires: Facultad de

Filología y Letras. Universidad de Buenos Aires. Instituto de Filología, 1940. Véase: Henríquez Ureña, Pedro. *Observaciones sobre el español en América y otros estudios filológicos*. Compilación y prólogo de Juan Carlos Ghiano. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras, 1977. Algunos de sus artículos que luego se recopilaron en libros aparecieron primero en la *Revista de Filología Española*. Para una cronología de publicaciones véase la Crono-Bibliografía efectuada por Emma S. Speratti Piñero en *Pedro Henríquez Ureña. Obra Crítica*, Edición, bibliográfica e índice onomástico por Emma S. Speratti Piñero. Prólogo de Jorge Luis Borges. México, FCE, 1960, págs. 754-793.

¹⁷ *En la orilla mi España*. México, Editorial México Moderno, 1922. En «Preliminares» se refiere a la intención del libro: «Reúno en este volumen páginas diversas sobre España, con la esperanza de que, a través de ellas, se perciba la unidad que descubro en las cosas españolas». *Obra Crítica, Ibíd.*, pág. 187. Este libro en esta primera edición estaba compuesto por los ensayos: «Rioja y el sentimiento de las flores», «El maestro Hernán Pérez de Oliva» (ambos publicados posteriormente en *Plenitud de España*); «Alarcón en el teatro español» (que es una parte de lo que seis años más tarde será «Don Juan Ruiz de Alarcón» (incluido en *Seis Ensayos en busca de nuestra expresión*); «El espíritu y las máquinas»; «De París a Madrid»; «La antología de la ciudad»; «Adolfo Salazar y la vida musical en España»; «Goyescas»; «En torno al poeta Moreno Villa»; «La obra de Juan Ramón Jiménez»; «En torno a Azorín»; «El Renacimiento». Esta primera recopilación de ensayos acerca de España y de la esencia española continuará y culminará en 1940 con la publicación de su libro *Plenitud de España*, Buenos Aires, Ed. Losada; 2ª ed. 1945, 3ª ed. 1967.

¹⁸ Como se puede ver claramente en las palabras de Jesús Zavala: «Dominicano por nacimiento, pero mexicano por la erudición, la sobriedad y el sentimiento, Pedro Henríquez Ureña es algo nuestro, muy nuestro [...] Bajo su dirección, en la cátedra de Investigación sobre la Lengua y la Literatura Españolas, que en la actualidad sustenta en nuestra Escuela Nacional de Altos Estudios, se han llevado a cabo investigaciones de la mayor importancia. Estas investigaciones son una prueba inequívoca de lo que Pedro Henríquez Ureña es capaz de realizar entre nosotros [...] En los presentes momentos, Pedro Henríquez Ureña es entre nosotros lo que Enrique Díez Canedo es en España». Jesús Zavala, «La España de Pedro Henríquez Ureña» (1923), recogido en Alfredo Roggiano: *Pedro Henríquez Ureña en México*, México, Universidad Nacional Autónoma, 1989, págs. 224-225. Del mismo modo, Daniel Cosío Villegas se refirió a la aparición de este libro en la revista *Ser*, de Puebla (15 de noviembre de 1922) también incluido en el mencionado estudio de Alfredo Roggiano.

¹⁹ *En La Orilla. Mi España. Obra Crítica, Ibíd.*, pág. 188.

²⁰ *Ibíd.*, pág. 190.

²¹ *Ibíd.*, pág. 193.

²² *Ibíd.*, pág. 192.

²³ Juan Ramón Jiménez, *Poesías Escogidas*, edición de la Sociedad Hispánica de América, Nueva York, 1917.

²⁴ *Obra Crítica, op. cit.*, pág. 219.

²⁵ *Ibíd.*, pág. 220.

²⁶ *Ibíd.*, pág. 219.

²⁷ *Obra Crítica, op. cit.* pág. 226-227.

²⁸ *Ibíd.*, pág. 227.

²⁹ En Enrique Sánchez Reyes (Ed.): *Menéndez Pelayo y la Hispanidad. Epistolario* (Segunda Edición aumentada con nuevas cartas, notas e Índices), Junta Central del Centenario de Menéndez Pelayo, 1955, pág. 154 (1ª ed. 1951). Se trata de las cartas cruzadas entre Menéndez y Pelayo y distintas personalidades de las letras hispanoamericanas. Aquí se

recogen dos cartas de Henríquez Ureña (28 de abril de 1909 y 15 de febrero de 1911) y una de Menéndez Pelayo (23 de noviembre de 1910). En ésta le responde sobre el envío del libro de Henríquez Ureña, *Horas de estudio*: « [El libro] justifica enteramente su título y contrasta con las lucubraciones abigarradas e incoherentes que producen sin estudio alguno tantos jóvenes españoles y americanos. Claro es que no puedo aceptar todas las ideas filosóficas del libro, ni algunas de las apreciaciones literarias, pero me complazco en reconocer que todo ello está sinceramente pensado y sobriamente escrito, con una gravedad y decoro que se echan muy de menos en la actual generación literaria». *Ibid.*, pág. 155.

³⁰ Conferencia leída en el Ateneo de México el 26 de abril de 1912. Publicado en *La cuna de América*, Santo Domingo, 22 de febrero de 1914. En *Obras Completas*, edición de Juan Jacobo de Lara, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 10 vols., 1976-1980, cit. vol. 2, págs. 183-208.

³¹ *Obras Completas*, vol. 2 *Ibid.*, pág. 183

³² *Obras Completas*, vol. 2, *Ibid.*, pág. 208.

³³ *Obras Completas*, vol. 2, *Ibid.*, pág. 184.

³⁴ Es bien conocida la ideología de Marcelino Menéndez Pelayo quien hacía una defensa ardiente de la monarquía católica y del pensamiento escolástico de la Contrarreforma. Basaba la grandeza de España en ese casticismo y es la base de ese espíritu conquistador de España hacia el Nuevo Mundo. Esa postura tenía en Menéndez Pelayo varias vertientes muy unidas entre sí: su gran labor filológica vista como el medio de recuperación de la continuidad hispánica en América y una legitimación de elementos conservadores basados en su fanático catolicismo, entendido como obra de España en América, exaltación en definitiva del pasado colonial español y defensa de un orden burgués.

³⁵ Ramiro de Maeztu, muy influido por la obra de Spengler y su anunciada decadencia de la civilización occidental, unía los rasgos inherentes de lo español con el catolicismo. Así su espíritu de fraternidad propio del alma española se identifica con una defensa ferviente de la religión católica, (y de un orden encarnado en el totalitarismo de una Monarquía Católica), única que puede salvar de la decadencia anunciada. Esto le lleva a profesar una gran admiración por la obra misionera de España en América, por lo tanto en esa *Defensa de la hispanidad* adoptó una postura paternalista hacia la cultura hispanoamericana. Maeztu tenía la idea de que la crisis de occidente sólo podría tener solución mediante métodos fascistas, véase su comentario a *La decadencia de Occidente*: «Este cuadro de desolación no se alegra sino con la promesa de que todavía, antes de su muerte, conocerá la civilización occidental una restauración aparente, por medio de un imperialismo o cesarismo (¿quizás un fascismo!), que será una vuelta de los viejos poderes de la espada y de la cruz, la aristocracia y el sacerdocio, frente a los poderes actuales de la plutocracia y los intelectuales (Cit. por Gonzalo Sobejano, *Nietzsche en España*, Madrid, Gredos, 1967, pág. 341). Respecto a las evoluciones operadas en el pensamiento de Maeztu véase Carlos Blanco Aguinaga, *Juventud del 98*, Madrid, Taurus, 1970 (3ª ed. 1998).

³⁶ Juan Jacobo de Lara, *Pedro Henríquez Ureña. Su vida y su obra*, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1979, págs. 148-149.

³⁷ Samuel Ramos, «Al margen de un buen libro» en *El Heraldo de México* (10 de junio de 1923), apud Alfredo Roggiano [1989: 227].

³⁸ C. Mariátegui, «La batalla de Martín Fierro» en Jorge Schwartz, *Las vanguardias latinoamericanas. Textos programáticos y críticos*, Madrid, Cátedra, 1991, pág. 561

³⁹ *Plenitud de España*, Buenos Aires, Losada, 1945 (2ª ed.).

⁴⁰ Pedro HENRÍQUEZ UREÑA, «España en la cultura moderna», en *Plenitud de España*, págs. 8-10.

⁴¹ *Ibid.*, págs. 12-14.

- ⁴² Junto a éstos en *Plenitud de España* aparecen breves reseñas, consignadas como «Apuntes marginales», que vienen a ser comentarios o prólogos a obras fundamentales de la cultura española, tales como un trabajo sobre la antología *Poesía de la Edad Media y poesía tradicional* de Dámaso Alonso. También aparecen otros trabajos que sirvieron de introducción a algunos de los volúmenes de la colección «Las cien obras maestras de la literatura y el pensamiento universal» que Henríquez Ureña dirigió en la Editorial Losada. Entre ellas está el referido a las ediciones de *La Celestina* (1938); las *Novelas ejemplares* de Cervantes (1939); *Fuenteovejuna*, *Peribáñez* y *El mejor alcalde el rey*, de Lope (1938); *El burlador de Sevilla*, *El condenado por desconfiado* y *La prudencia en la mujer*, de Tirso (1939); *La vida es sueño*, *El alcalde de Zalamea* y *El mágico prodigioso*, de Calderón (1939); *Romances y letrillas*, *Poemas y sonetos* de Góngora (1939).
- ⁴³ Soledad Álvarez, «Sobre el americanismo de Pedro Henríquez Ureña», *Casa de las Américas*, 126 (1981), pág. 70. Véase también el estudio de Emilia de Zuleta: «España en la comprensión de América de Henríquez Ureña», *Sur*, (1984), 355, págs. 155-176; Francisco López Estrada: «La españolidad de Pedro Henríquez Ureña». En *Pedro Henríquez Ureña. Ensayos*, edición crítica de José Luis Abellán y Ana María Barrenechea, Colección Archivos, 1998.
- ⁴⁴ Pedro Henríquez Ureña, «Vida espiritual en Hispanoamérica», en *La utopía de América*, prólogo de Rafael Gutiérrez Girardot, compilación y cronología de Ángel Rama y Rafael Gutiérrez Girardot, Caracas, Ayacucho, 1978, págs. 20-21.
- ⁴⁵ Armando DONOSO, «Pedro Henríquez Ureña y la erudición» en *La otra América*, Madrid, Calpe, 1925, págs. 68 y 72.
- ⁴⁶ *Ibid.*, págs. 74 y 76.
- ⁴⁷ «Prólogo» a Armando Donoso, *Ibid.*, págs. 13-14.
- ⁴⁸ Juan Jacobo de Lara, *op. cit.* pág. 157
- ⁴⁹ Arcadio Díaz Quiñones, «Pedro Henríquez Ureña: la persistencia de la tradición (Extractos)», Lima, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* (1991) 33, Año XVII págs. 23-24.
- ⁵⁰ Henríquez Ureña durante su etapa en La Argentina fue uno de los autores que más descalificó *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler, que tanto había influido en algunos intelectuales hispanoamericanos. Henríquez Ureña también fue capaz de valorar en su justa medida el alcance de los postulados que mantenía esta obra, difundida en Hispanoamérica, y en concreto en la Argentina, por Ortega y a través de la *Revista de Occidente*, vector de propagación cultural al que habría que añadir los diferentes estudios que había hecho también en dicha revista el primer traductor de la obra al español, Manuel García Morente.